

# ALCANTARA

Publicación trimestral editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres

Director: CARLOS CALLEJO SERRANO

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Palacio Provincial.—Plaza de Santa María, n.º 1.—Teléfono 21 15 84

IMPRIME: Imprenta Provincial.—Carretera de San Francisco, s. n.

## SUMARIO

	Páginas	
Luz, maternidad y arte.....	3	Pedro Caba.
Tarde de domingo.....	10	Jesús Delgado Valhondo.
Recuerdos: Una figura universal.....	12	Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros.
Barajas de la sierra.....	15	Hugo Emilio Pedemonte.
Llamas de capuchina.....	16	José Canal.
Periódicos y periodistas extremeños del siglo XX.....	17	Juan Pedro Vera Camacho.
Canción de cuna.....	32	Ángel Rosado Acuña.
Relaciones demográficas entre Cápera y Norba Cesarina.....	35	Carlos Callejo Serrano.
Salamanca y Extremadura.....	42	Matilde Camús.
Yuste y la burocracia.....	44	Antonio Avila Vega.
Manos.....	47	Inocencia Rodríguez Rubio.
Jerte ante la invasión napoleónica.....	48	Isabel Alía Pazos.
Flores y jardines.....	51	Enrique Segura.
La paz del Señor.....	53	Miguel Chaves Sánchez.
El sueño.....	57	María Rosa Vicente Olivas.
Arte: Exposiciones en Cáceres.....	60	J. A. Oliver Marcos.
Perfil de un emigrante extremeño: Antonio Carmona Camacho.....	64	
Correo de ÁLCANTARA.....	66	
Pensamientos.....	68	Edmundo Costillo Marín.
Crónica.....	69	J. A. Oliver Marcos.
Recensiones.....	75	José Canal y C. C. S.
Noticia de revistas.....	81	
Premio «Adonais» de poesía.....	82	

En cumplimiento de la vigente Ley de Prensa esta revista hace constar:

- 1.º Que su empresa editora es la Excelentísima Diputación de Cáceres (Servicios culturales).
- 2.º Que su director, redactores y principales colaboradores son los que figuran en el cuadro inserto en última página.
- 3.º Que siendo sus fines esencialmente culturales y educativos, la revista «Alcántara» no proporciona beneficios comerciales, careciendo de publicidad retribuida.

# ALCANTARA

D. Legal CC-26-1958

Año XXVII

ABRIL - MAYO - JUNIO 1971

Núm. 163

## Luz, maternidad y arte

por Pedro Caba



DECÍA Goethe que él era del linaje de aquellos que de lo oscuro a lo claro aspiran. Lo recordó y compartió Ortega y Gasset. Pero la verdad es que todo lo vivo busca la luz, la claridad, porque la necesita para vivir. Sólo que Goethe y Ortega querían significar que, además de para vivir, necesitan la luz para pensar. La luz es fuente de vida, y todo ser vivo está amasado de luz. Hay como una *fototaxia* universal, un hambre de luz en todos los seres del universo. Julio Palacios, el gran físico español, muerto no ha mucho, llama en un gran libro, a la luz, «la forma más noble de la energía», y aun admite que esa nobleza crece según se suben los tramos del espectro solar, de modo que es más noble la luz violada que la roja, y más noble el rayo Roentgen que el de la luz ordinaria visible, hasta subir al rayo *gamma* que es lo más alto, de lo conocido hasta ahora, en la jerarquía de lo luminoso; por algo los poetas hablaron siempre de «la escala» de un rayo de luz. Esta, la luz, es la edición príncipe y el principio del Univer-

so. «En el principio fue la luz», «fiat lux», fue dicho, y la sustancia del universo quedó fundada, y de la luz se amasaron primero y se tejieron después, astros y átomos, ondas y pensamiento, pues de un copo de luz divina, de una luz no física, se labra y urde la inteligencia del hombre. El conocer y el saber son iluminación, sea súbita, sea de cámara lenta y retardada en imágenes. Y por eso la Ciencia toda, como la filosofía, el arte o la religión, arrojan, irradian luz sobre las cosas del mundo. Toda la Ciencia física actual descansa en unas ecuaciones sobre la luz, y la muerte del universo, dice esa Ciencia que sobrevendrá como un apagamiento lento del mundo. El príncipe Luis de Broglie, eminente físico francés, ha afirmado que podríamos decir que sabemos algo si supiéramos qué es un rayo de luz. Sí. La luz es paradójica; es materia y energía, corpúsculo y onda, velocidad límite, y emisión y radiación sin valerse de la fuerza centrífuga ni de la gravitatoria. Todo lo miserable y degradado lo es por falta de luz, y por algo el infierno ha sido identificado con las tinieblas. Lo inferior en la fauna submarina, vive en zonas abisales, falto de luz, como los gusanos hundidos en el lodo barrizal... Y todo lo falto de luz sueña con ella. Y si a lo inferior, por serlo, lo calificamos de oscuro, a todo lo superior le llamamos lo «esclarecido». De «claros» varones de Castilla han sido calificados los más «ilustres», los que «más brillo» y «esplendor» dieron a su tiempo y a su patria. Luz y claridad hay en el orden, en la jerarquía, en el saber, en la belleza. El caos y el barullo son oscuridad.

Vivir es quemarse, algo que arde y se consume así, ardiendo, viviendo; el cadáver se convierte en cenizas, restos de lo que fue combustión y llama. No hay ser vivo sin una temperatura interna y propia, elaborada por él mientras está viviendo. Y el fuego intensificado se hace luz, aunque hay formas de luz que no son originadas en el fuego. Es bien conocida la fotosíntesis de los seres vivos: cómo labran con hebras de luz sus células y tejidos. Dauvilliers afirma que en esa fotosíntesis se originó la vida, que en sus formas más sencillas, tramó urdimbres de materia con hebras de luz ultravioleta, en el agua del mar, con determinadas concentraciones electroquímicas. También Schrödinger dice en «¿Qué es la vida?» que tanto la materia como la mente humana, han sido urdidas con cabos de luz. Los ácidos nucleicos son cadenas de azúcares enlazados por átomos de fósforo, y el fósforo, como indica la etimología de su nombre, es luz almacenada y transportada. Además, los espirales del ácido nucleico desvían el plano de rotación de la luz hacia la derecha o la izquierda como tantas otras sustancias, orgánicas o no. Los vegeta-

les, con la complicidad de la luz, obtienen el carbono necesario para su vida; ese carbono lo queman y obtienen temperatura para elaborar su savia, sus azúcares, sus fragancias y sus colores que son luces rotas y cuajadas, pintándose sobre la materia. El vegetal está cabeza abajo, hundida en la tierra sin luz, pero las hojas le dan la que necesita, para su delicada forja de yemas, flores y matices. Y algunas de esas flores se presentan como labios, como frentes, como senos o con aspectos tan humanos y meditativos, que la sabiduría popular les llama «pensamientos», la manifestación más alta y noble de la luz. El pensamiento floreal es una flor que piensa.

Más intensamente arde el animal, variando su temperatura orgánica de unas especies a otras, pues sabido es que la ciencia cataloga animales de «sangre caliente» y de «sangre fría». Todo lo que el animal captura para su alimento lo quema, lo convierte en el fuego de la vida que los antiguos llamaron «sagrado», refiriéndose al del hogar. Prometeo no robó luz sino el fuego, secreto poseído por los dioses, y por eso le castiga Zeus, pues sabe que con el fuego aumentará su luz. Cuando los hombres aprendieron a encender el fuego, encendieron también la luz de la Cultura que prendió en Historia, y eso es lo que sugiere el mito de Prometeo. Repito que todo ser vivo es materia ardiendo y aunque hay animales que viven en la oscuridad, con su fuego forjan luz, como los insectos fosforescentes, y los felinos noctívagos y cazadores, también emiten eléctricamente luz, como algunos animales submarinos. El ojo, y no sólo el de los felinos, emite luz.

El hombre como animal, también arde, y de su propio calor hace luz en su mirada, además de la luz espiritual que estalla en su inteligencia. La reflexión mental no es luz de fuera que se refleja dentro de él, sino luz interna que se quiebra en el espejo de la conciencia, en esas astillas de luz que llamamos ideas. Del mismo modo afuera, sobre las cosas del mundo, proyecta la claridad de su pensamiento según el generador electrónico de su cerebro, alimentado desde lejos por la válvula oscilante del corazón que también arde como lámpara. Hay más calor en el corazón que en el cerebro; las ideas, y sobre todo, los conceptos, son fríos pero luminosos; los sentimientos, afectos y pasiones son ardientes, aunque de escasa luminosidad. Pero no sólo el entusiasmo (voz griega que alude al fuego y la luz de lo divino circulando por las venas de lo humano) no sólo el entusiasmo y el amor, sino también la devoción, la meditación, queman, como quema la luz ultravioleta y fría. El espíritu es fuego y luz, pero más luz que calor, como la electricidad, con un

voltaje que está en razón inversa de la resistencia del conductor y en razón directa de la intensidad de la corriente. Por eso mismo, puede llegar a fundir y electrocutar al hombre que medita. Sin embargo, en el hombre, la luz, más que *consumir* con el fuego, *consume* y plenifica claridades, en irradiación donante y generosa... Toda la presencia del hombre es luz, porque es radiactiva como el espíritu de que es presencia que, como inteligencia, se abre en flor. La verdad es resplandor, claridad, luz quebrada en rayos, como lo es la belleza. La presencia del hombre, al poner su luz sobre las cosas, las constituye en verdad, realidad iluminada con farolillos en las esquinas de las cosas, como de verbena. La verdad no es desvelar o desocultar sino iluminar lo que está ahí, sumido en oscuridad. Las cosas no se ocultan, se ofrecen en permanente oferta, al hombre para que éste las alumbré y les haga ascender en su ser. Hay que levantar o abrir el vestido con que las cosas se visten para poseerlas, en un acto de amor. Desvelarlas, romper sus velos es violación. El mismo Heidegger ha dicho en una ocasión: «Todo desvelamiento es sacrilego». Al presenciar el hombre, no desvela sino que revela.

El vocablo «idea» procede de un verbo que significa ver, y ver cómo iluminar. Todo lo más alto del hombre está tejido de estambres de luz y no sólo de luz física. Si como todo ser vivo, el hombre es combustión y llama, como ser espiritual es todo luz, claridad de cumbres, que por eso es vertical, y el espíritu gravita hacia arriba, como la llama. Por tener luz propia, por ser el hombre un foco radiante, necesita menos la luz física de fuera que los otros animales. Y por eso, se esconde el filósofo para pensar, el artista para crear, el sabio científico para investigar y la madre para parir, y sin embargo, en todos estos casos hablamos de que la madre, como el artista, el sabio o el filósofo, «están dando a luz». Hasta el soñar mismo, que halla gozo en las sombras, actúa como los metales radiactivos que precisan de lo subterráneo para almacenar energías que son como inmensos y condensados montones de luz. Se comprende bien, entonces, que para ver claro y hondo, cuando meditamos cerramos los ojos.

«Alumbrar» es verbo con doble sentido y significación. Dice «dar luz», pero también «dar a luz», iluminar cosas e iluminarse, por sí mismo. Todo lo femenino viene al mundo para dar seres a luz iluminándose con la maternidad misma, y dar a las cosas y los seres calor de maternidad. Y aunque la energía calorífica, es menos noble que la luminosa, ese atesoramiento de calor en lo femenino, en forma de ternura, de solicitud y cuidado, de amor, se transforma en luz

también. Pero lo femenino del mundo no está sólo en la hembra animal o en la mujer; también en el varón hay un coeficiente de feminidad que se exalta, por ejemplo, en los poetas y los artistas. Sólo imitando a las madres, alcanzan los artistas y los poetas (y también los sabios investigadores y los filósofos de raza) el título de creadores. En la mujer, la maternidad es previa al parto, pues la mujer es madre antes que novia; lo es cuando materniza sus muñecas, en la primera infancia y cuando juega «a las casitas» y «a las cocinitas», y hace de cualquier objeto o palitroque un niño a quien cuidar y acariciar, en tanto que el niño varón hace de cada objeto un instrumento de lanzamiento o choque, como hace de cualquier cosa un arma y del bastón del abuelo un caballo con que cabalgar y matar enemigos en la guerra. A aquella maternidad irreal y fantástica de la niña, y a la proyección materna de la mujer sobre el marido y sobre las cosas, prefiero llamarle «maternalidad». Es inexplicable que todavía no se haya hecho un estudio filosófico a fondo del sentido y misterio profundo de la «maternalidad», incluyendo la maternidad de las hembras animales.

Y también incluyendo la maternalidad y la maternidad de los artistas. ¡Qué falta nos está haciendo una interpretación que nos radiografié en vivo al creador de arte (y en la noción de arte entra, por supuesto, la poesía y la literatura en general), una radiografía que nos permita ver, delinear y adivinar el finísimo arborismo de la creación, de la «maternidad» en arte. Toda auténtica obra de arte es expresión incendiada, iluminada, de una vida de hombre, como hay muchas vidas humanas son obras de arte. Y hay momentos de la vida humana, en los artistas, en los héroes, en los santos, en que una luminosa polvareda se levanta del hondón del hombre, y éste se siente inquieto, *entusiasmado* (o poseído de lo divino), con el furor divino que ya señaló Platón. Es lo que se llama «inspiración», momento de fecundación en que el artista *concibe*, entra en *gestación* y se prepara para «dar a luz». Y hay vidas inspiradas en que la obra es la vida misma del hombre. En el artista, ese estado de inspiración es experimentado como *estado de gracia* porque es *gratuito*, no querido ni elaborado, el momento en que las imágenes son más nítidas y esplendorosas y los conceptos mismos, que son normalmente duros, rígidos, minerales, se reblandecen, curvan e irisan, y el espíritu entonces, se siente preñado de no se sabe qué, pues no hay un proyecto acabado de la obra que se está gestando. Es un estado materno, y no se sabe de momento más. En el hombre joven, adolescente, aunque no sea artista ni hombre extraordinario, la propia vida per-

sonal es sentida, vivida como obra de arte, aunque luego amortezca, decaiga de inspiración y se frustre como vida bella. La vida del artista es vida de adolescente, vida que quedó enseñada, engolfada, en permanente adolescencia, en vida instituida en ansias de convertirla en obra de arte. De ahí la juventud perenne de todo artista y su egolatría insaciable, que le hace buscar lo artístico hasta en el gesto y el vestido, en un amaneramiento permanente como de mujer. Toda la vida del adolescente es vivida como inspiración, en un existir heroico, generoso, idealizante, tanto para la guerra, como para la madre, así en la caza como en la política. Incierto de destino y rico de sueños y proyectos, la existencia del adolescente con alguna riqueza espiritual, es algo así como una obra de arte. Se ha dicho que el arte es compensación ideal de lo que el artista no pudo lograr en la realidad, pero en el adolescente, aún no se sabe si ha fracasado o no como vida de hombre. Y si el gran artista suele aparecer como fracasado en su vida (Dante, Cervantes, Beethoven, Dostoiowski, etc.), ¿no será porque, dada la altura y tensión de su creación, la vida personal tenía que fracasar dado el desnivel entre ambas? ¿Y no será más bien que fracasó el mundo de su tiempo que no supo servir a sus designios de arte? Ni Shakespeare podía ser un buen actor, ni Dante un ciudadano pacífico y obediente, ni Leonardo un buen padre y ciudadano, ni Cervantes un buen funcionario. Estos tenían que fracasar precisamente por ser quienes eran... Pero no se diga que necesitaban de este fracaso para hilar sus obras respectivas.

Hay arte porque hay hombres artistas, ganados por el impulso creador, una especie de lujuria poética y de afanes maternos, que nos recuerdan de algún modo el poder creador de Dios. Y por eso tantas veces se les califica de «divinos». Y en ello se ve lo que tienen de materno. El pintor ve por todas partes formas, como el músico, melodías y armonías, y el novelista, criaturas de novela o el comediógrafo, de comedias, y como la gran feminidad oye, hasta en sueños, risas y llantos de niños que la llaman. Es lo que he llamado la «maternalidad» de la mujer y del artista verdaderamente creador... Mujeres y artistas *conciben*, son «fecundos», dan «a luz», tienen hijos, a los que aman más que a sí mismos. También las madres se sienten «inspiradas» en el amor al varón, y en la gestación real de sus embarazos, experimentando, en ellas, como sangre y vidas nuevas, y como una doble conciencia de ser, lo que da a la mujer que va a ser madre un resplandor, otra belleza más allá de la suya, lo mismo que en la inspiración del artista. Cuando el artista se halla inspirado, como las madres gestantes, se siente crecido, exuberante,

inquieto, celoso de su obra y enamorado ya de la criatura que aún no le ha nacido, pero que siente vivir dentro de él; e interiormente glorificado se aparta del mundo, y busca un rincón donde *alumbrar* pudorosamente, con alto y hondo gozo de sus dolores más íntimos y hondos. En un bellissimo y muy conocido poema de Tagore, un hijo pregunta a su madre: «¿Dónde estaba yo antes de nacer?» Y ella contesta: «Dormido en la cuna de mi corazón, hijo mío». Sí. La maternidad es antes que el hijo, es el gran, no sentimiento, sino *presentimiento* de la mujer. Antes de nacer ya le conoce y habla con él, y se dispone a hacer de la vida del hijo una obra de arte. Lo sueña tanto y tan bien, que antes de verlo nacido lo imagina querubín, angelillo mofletudo, flor de indecibles bellezas, o infante de pelo ensortijado, de risa rubia y tierna como balido de recental. Y cuando al fin nace, mínimo borujín de carne sonrosada y palpitante, toda la carga innumerable de sus sueños cae sobre él, impidiéndole verlo como algo objetivo e indiferente. Lo mismo le ocurre al artista con su obra. No ve en ella lo que hay, sino lo que él ha querido y soñado poner, y por eso todo juicio ajeno le parece injusto o insuficiente. La madre vivirá sonámbula y absorta en la contemplación del hijo como el artista en la contemplación de su obra, y siempre el último hijo, la última obra será la preferida, como si la madre, como si el artista, le pidiera perdón por no haberlos creado antes.

